

FRESAS

Andrea bebe un batido que sabe a miedo y a ganas de llorar. Siente las semillas de fresa entre los dientes, el líquido baja por su garganta y el tatuaje de su antebrazo se encoge, completamente erizado. Se pregunta si ya le vino y se responde que sí, sacudiéndose con el pelo las ideas. Se cuestiona si se siente bien, sonrío y se dice tonta, saliendo de la tienda, tratando de olvidar el asunto.

Carlos, haciendo un batido, tiene pánico. Ha sido tocar una fresa –para tratar de quitarle un pelo– y sentirse atrapado. El otro empleado de la tienda lo observa y con un movimiento de cabeza le pregunta qué le pasa. Carlos le responde con otro movimiento de cabeza que nada, enciende la licuadora y observa el tatuaje del brazo de la chica frente al mostrador, que espera la bebida.

Genaro, conductor de camión, y sus ayudantes, Beto y el Chino, regresan a la finca Cielo Triste, más aliviados, después de dejar el cargamento de

frutas en la capital. Siempre es lo mismo cuando cargan las fresas. Irse meditabundos, balbuceando canciones tristes y pensar en sus familias en la ida. Nunca lo comentan entre ellos, aunque hace mucho don Genaro lo habló con el encargado de cosecha de Cielo Triste, Lencho, y él le dijo que también se sentía compungido y con miedo cuando metía las fresas a los costales. Se vieron a los ojos y, suspicaces, volvieron a hablar del ruidito que hace el camión cuando va en bajada.

La esposa de Lencho, Clara, odia las fresas. Hace mucho no las consume y si no fuera porque sus hijas las adoran no las volvería a tocar. Lencho lleva un par de veces por semana algunas fresas en su mochila. Las niñas se las comen en cuanto están limpias y por las noches lloran hasta quedarse dormidas como si algo les doliera. Clara le dice a Lencho que algo tienen las fresas y Lencho le dice, chasqueando con la lengua, que son inventos de ella, que no le quiere lavar las frutas a las niñas.

Los jornaleros de Cielo Triste la pasan mal. Sobre todo los de la parcela del fondo. Al arrancar las fresas de sus tallos, sienten patadas en el corazón los más débiles y cosquillas de miedo en la nuca, los que se dicen valientes. No hay día que no se vea alguna mujer llorando cuando recoge las fresas. Todos piensan en lo lógico: otra a la que le pegó el marido.

Ligia desprende con la uña una fresa, pero al jalarla siente una ligera resistencia. Se acerca al tallo y encuentra la fresa atravesada por un pelo enredado en la planta. La limpia lo mejor que puede, aunque las lágrimas, que brotan incontenibles, le impiden ver que no lo ha hecho por completo.

En el carro, Andrea siente algo atorado entre los dientes. Con sumo cuidado, junta sus uñas y encuentra el pelo. Le dice a su papá que se muere del asco. Don Fernando se ríe, le responde que lo tire, que no volverán a la tienda de batidos y gira en la calle de las oficinas generales de la policía. Frenan un par de cuadras después, en un semáforo en rojo, frente a una casa que parece abandonada. Sin embargo, un hombre con gafete toca a la puerta y don Fernando observa detenidamente, preguntándose qué puede ser esa casa. Sus ojos se topan con los del que toca y regresa la vista al frente, un poco avergonzado. El semáforo se pone en verde.

Jorge regresa de su almuerzo. Golpea la puerta de su oficina y se revisa los nudillos. Diminutas cáscaras de pintura vieja le quedan siempre que lo hace. Al echar un vistazo alrededor, distraído, se encuentra con la mirada de un hombre que parece interesado en él y la casa. En eso, le abren.

Entra, intentando limpiar con una servilleta la sonrisa de refresco que le quedará un par de

horas en la boca y abre la carpeta que revisa esa semana. En una de las muchas cajas que hay desperdigadas, hay otra, con hojas amarillentas, con el título a medio borrar, que dice Cielo Triste.

Margarita lo conoce a detalle. Regresaba de acarrear agua con sus hermanos cuando se encontró con el caserón lleno de verdes. Los llevaron al fondo de la parcela. Allí ya tenían gente en la tierra, nadando en sangre. Llevaron a su papá, su tío, su hermano, su primo y los pusieron a cavar profundo. En eso terminaron con el resto. Vio a sus primas, llorando, histéricas, orinadas, y a ellos, los verdes, los dueños de la guerra, pasándoles el cuchillo por el pescuezo. Fue la última de las mujeres. Cuando fue su turno, ya no lloraba, solo estaba triste.

Ahora hay un inmenso sembradío de fresas encima. Las coordenadas de la carpeta lo confirman. De vez en cuando, la tierra se acuerda y trenza el pelo de Margarita entre los tallos de las fresas, que crecen con miedo y saben a pánico. De vez en cuando, Margarita florece.